

No se quedan quietos*



PHILIPPE CANDIAGO**

Asociación Lacaniana Internacional (ALI), París, Francia

No se quedan quietos

They do not Stay Still

Ils ne restent pas en place



CÓMO CITAR: Candiago, Philippe. “No se quedan quietos”. *Desde el Jardín de Freud* 22 (2023): 91-102, doi: 10.15446/djf.n22.112839.

*Traducción a cargo de Pío Eduardo Sanmiguel Ardila. e-mail: pesanmiguela@unal.edu.co

**e-mail: phi.candiago2019@outlook.fr

© Obra plástica: Beatriz González

La existencia de distintas generaciones de niños agitados y turbulentos que buscan encontrar un lugar en la sociedad actual parece cuestionar la misma idea de infancia, como un fenómeno más amplio, y sus distintas afectaciones en la sociedad en general. Mencionar la importancia que tiene encontrar un lugar en la sociedad para ellos, tanto en el sentido físico como en el simbólico, permite entender las plazas como lugares donde convergen diferentes aspectos de la vida colectiva. El texto reflexiona sobre la agitación en la infancia, la búsqueda de un lugar en la sociedad y la importancia que tienen los lugares en la vida social y económica. También plantea interrogantes sobre los efectos de la modernidad en la sociabilidad y la persistencia de conflictos en diferentes ámbitos de la vida social.

Palabras clave: infancia, lugar, lazo social, agitación, modernidad, subjetividad.

The existence of different generations of agitated and turbulent children who seek to find a place in today's society seems to question the actual idea of childhood as a broader phenomenon and its different affectations on society in general. Mentioning the importance of finding a place in society for them, both physically and in the symbolic sense, allows us to understand the plazas as places where different aspects of collective life converge. The text reflects on the agitation in childhood, the search for a place in society, and the importance of places in social and economic life. It also raises questions about the effects of modernity on sociability and the persistence of conflicts in different areas of social life.

Keywords: childhood, place, social bond, agitation, modernity, subjectivity.

L'existence de plusieurs générations d'enfants inquiets et turbulents cherchant à se faire une place dans la société d'aujourd'hui semble remettre en question l'idée même de l'enfance, comme phénomène plus étendue, et ses différents effets sur la société en général. Évoquer l'importance de leur trouver une place dans la société, tant au sens physique que symbolique, permet d'appréhender les places comme des lieux où convergent différents aspects de la vie collective. Le texte réfléchit sur l'agitation de l'enfance, la recherche d'une place dans la société et l'importance des places publiques dans la vie sociale et économique. Il interroge aussi les effets de la modernité sur la sociabilité et la persistance des conflits dans les différentes sphères de la vie sociale.

Mots-clés : enfance, lieu, lien social, agitation, modernité, subjectivité.



“ No se quedan quietos” es una frase que todo el mundo ha podido escuchar en boca de una madre, un padre, un profesor... Pueden ser “ellos” o “ellas”, porque en este juego las muchachas no se quedan atrás. Marina, durante sus primeras exploraciones infantiles, la emprendió atrevidamente contra su medio ambiente, escapando de la vigilancia de los adultos, de sus padres, así como de los profesores del establecimiento en el que permanecía su familia. Y esto lo hizo durante varios años; la entrada a la escuela no vino a frenar de ninguna manera una actividad motriz aparentemente desordenada y caprichosa, aun cuando manifiestamente dirigida. Esta extravagancia corporal no dejó de inquietar a los adultos que rodeaban a Marina: “se pone en peligro”, dijeron los profesionales de la infancia; la madre permaneció en silencio; el padre desplazó aquella observación: “hace cosas que la ponen en peligro”. Esta niña desobediente, imprevisible, que multiplicaba las situaciones peligrosas, desplegaba en efecto una expresión que dejaba pasmado a más de uno, lo cual daba todo su peso a este comentario paterno. ¿Entonces qué? Su madre y su padre, aunque residían en Francia desde hace varios años, no lograban obtener carta de residencia. Se hallaban en la situación bastante precaria como frecuente de ver su presencia en el territorio nacional tolerada al mismo tiempo que se los retenía en el linde de una integración incesantemente pospuesta. Situación que no hacía mella en esta mujer “como muerta” —son sus palabras— ni en este hombre atrincherado en una forma aguda de procrastinación, pues al no haber un sitio que pudiera constituir lugar, quedaban, podríamos decir, sin dirección. Sus hijas, puesto que la hermana de Marina parecía seguir la vía abierta por su hermana mayor, ¿venían a interrogar bajo la modalidad del exceso esta ausencia de lugar?

Este panorama de muchachos conocidos como agitados, turbulentos, alborotados, que presentan perturbaciones de la atención y del humor, sin duda no es específico de las familias encalmadas, en las imprevisibles y peligrosas “aguas ecuatoriales” de nuestras políticas migratorias. Es un fenómeno mucho más amplio que no deja de agitar, asimismo, a los padres, a los educadores de la primera infancia y, más tarde, a los profesores a veces desbordados, a menudo inquietos, ante los comportamientos desenfrenados de las jóvenes generaciones, comportamientos que, a diferencia de

Marina, son asociados en ocasiones a una irascibilidad y a la inapetencia por los contenidos de la enseñanza. Si Marina se abrió sin dificultad, y para sorpresa de muchos, el camino de los aprendizajes, es tal vez por haber hallado una dirección en la atención interrogativa que le daba una educadora, una atención que desplazó, por qué no, la agitación comportamental en enigma significativa.

Si tenemos la curiosidad de dirigirnos —no de abrir, puesto que este es un dispositivo que funciona por fuera de esta modalidad del dirigirse—, de abrir entonces ese amo del conocimiento que es Google, podemos leer una multitud loca de artículos, ni más ni menos que sobre cualquier otro tema; esas diferentes contribuciones examinan, explican esos mecanismos de agitación: “demasiada energía, inseguridad del niño, falta de sueño”, para citar únicamente los motivos referenciados más a menudo... Hallamos también consejos prácticos: “enséñele a su hijo a calmarse, a expresar sus emociones, tranquilícelo, dele un marco, felicítelo, y por supuesto limite el uso de esas pantallas”, consejos en forma de sugerencias, para contener, para canalizar lo que aquí se identifica en términos de conductas... Después, el lector no puede dejar de caer en este punto de valoración médica: puede plantearse un diagnóstico de “trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH)”. Diagnóstico que deja no obstante al lector en la estacada, puesto que le cuesta discernir, en esta breve seguidilla literal, sobre qué recae precisamente el trastorno. ¿Sobre la atención deficitaria, o sobre el déficit en sí mismo: un déficit de la función del déficit?

No es de hoy que generaciones de adultos crían generaciones de niños más o menos turbulentos; estos han venido a interrogar el deseo de las generaciones precedentes, a escapar también de su atenta o minuciosa vigilancia. A guisa de diversión podríamos releer *La guerra de los botones* o bien recordar una célebre increpación atribuida a Platón en *La República*¹.

Sin embargo, desde hace unos treinta años, los adultos parecen particular y colectivamente desarmados, padres señalados, por qué no, como “misioneros/dimitentes”, equivocidad en francés de esta expresión [*des-missionaires*] que es encantadora; profesores desconcertados, servicios sociales en la grieta de la protección, cuando tal vez no haya habido jamás tantos educadores a la cabecera de nuestra chiquillería. Como dichas manifestaciones de agitación en la infancia no son el resultado de casos aislados, podemos de manera legítima preguntarnos si, al igual que las pandemias, no presentarán un carácter viral capaz de interrogar la facultad de nuestra cultura para ofrecer un lugar a esos muchachos. ¿Qué los agita? ¿Sufren acaso de un déficit de atención, o de un déficit del déficit, que les haría más difícil la posibilidad de hallar a dónde dirigirse para inscribir su subjetividad en construcción? Ciertamente no voy

1. Cuando los padres acostumbran a dejar que los niños hagan lo que quieran, cuando los hijos ya no tienen en cuenta su palabra, cuando los maestros tiemblan ante sus alumnos y prefieren adularlos, cuando por último los jóvenes desprecian las leyes porque ya no reconocen autoridad de nadie ni de nada por sobre ellos, entonces estamos ante el comienzo de la tiranía.

a responder a esta pregunta que me espanta por la amplitud con que se la presenta; solamente voy a intentar prolongarla un poco.

Una plaza, un lugar, un sitio: un espacio libre, al igual que una planicie; esos recortes del espacio donde convergen las calles representan lugares importantes de nuestras ciudades. Los más diversos monumentos encuentran aquí asilo. Los símbolos de poder, de memoria, de las religiones y de la cultura se codean allí gustosamente con la vida colectiva, la de los comercios, la de los mercados, la de los momentos festivos. Más inocentemente, el paseante puede instalarse en una de las innumerables terrazas que las bordean. Real, simbólica e imaginaria al tiempo, una plaza es un territorio en que se mezclan la topografía y la topología, es lo que le da consistencia particular, lo que hace de este un lugar, un “topos”, una parte del cuerpo, por qué no, del cuerpo social, apreciada hasta en los más pequeños villorrios.

Con todo, ese significante “plaza” no se deja precisar en su significado, se desplaza, se escabulle, se articula en síntomas, en expresiones diversas: hacer lugar, hacerse a un lugar (por qué no, en el sol), tomar asiento, ocupar espacio, sobresalir, emplazar, instalar... Hay quienes no se hallan allí, quienes no lo quieren; y están también los que se le aferran, en una plaza tan bien identificada que a veces parece una plaza fuerte, que garantiza con su estabilidad el entorno, llegando a veces hasta el más consumado tedio. Están los que despejan, para mandarlo todo a paseo, los que sienten esa obligación de precisar que “están hablando de su lugar”, lugar tan poco garantizado que el locutor debe incansablemente autenticar su presencia. El músico adora hallarse en “su justo lugar”, lo cual puede ser útil para “musicar” con los demás, pero fue desplazándose como Charlie Parker sorprendió al jazz; en cuanto a abrir un lugar para el semejante, también para ello es necesario desplazarse... por qué no, hasta la muerte, a fin de abrir lugar para la generación siguiente.

A finales del siglo xx algunos sociólogos se ampararon de ese significante para dar cuenta de una mutación societal en que la lucha de clases, estructurada y colectiva, cedía ante una lucha por los lugares más individualistas, más deleznable también, desplazamiento con pérdida de categoría que esos autores asocian con un engranaje de desinserción y de descalificación social². Esas dos luchas no son del mismo tonel; la primera es una lucha contra un orden social, mientras que la segunda es una lucha contra un hecho de estructura. Dichos autores nos permiten sentir los efectos de ese desplazamiento en que los antagonismos de ayer se despedazan en una búsqueda más o menos errante de un lugar cuyos puntos de referencia, mucho más problemáticos, remiten a una forma de desestibado existencial. Su libro *La lucha por los lugares*, publicado en 1994, linda con el momento en que progresivamente empezamos a hablar de lo “neo”, de lo “pos” y de lo “ultra”, que llegaron a introducirse en la cultura. Sin

2. Vincent de Gaulejac, Frédéric Blondel e Isabel Taboada-Léonéti, *La lutte des places. Insertion et désinsertion* (París: Desclée de Brouwer, 1994).

que nadie lo decidiera, sin proyecto político alguno, la lengua se dejó seducir por esos prefijos. Sobre la marcha, el consenso se sustituyó por el compromiso, la gobernanza por el gobierno, y algunas teorías utilitaristas, entre otras las de los “*property rights*”³ o las de la “*efficient breach of contract*”⁴, que hasta entonces se juzgaban con reserva, vinieron a dejar su huella en las reglas de la vida económica y, más aún, de la sociabilidad.

De manera correlativa, por qué no, si nuestra modernidad clama su amor por la libertad, no duda en manipular la asignación de lugares con obstinación; lugares, por qué no, enumerados, como ocurrió en el uso de los trenes o en las salas de cine, pero también en ese mundo llamado del trabajo, que organiza a los asalariados como “N” más o menos algo, funcionamientos enumerados que giran fácilmente hacia la significancia del odio. Aparecen nuevas palabras: el acoso, así como el *burn-out* llegan para situar un malestar que los protocolos de “calidad de vida en el trabajo” no logran contener, y que alimentan, como nos lo indican estos ecos a manera de desaire ante los lugares que se vuelven casillas: “Se nos mete en casillas”. Extraño lugar en que la “casa”, “*maison*”, “*home*”, al perder su estatuto del lugar, resulta reducida a los cuatro lados de un espacio inerte. Hay una solidaridad en esos antagonismos. Si el seguidismo que se impone de esta voluntad racionalista produce una servidumbre consentida en la fijación de lugares desubjetivados, el entusiasmo de las denuncias militantes que florecen por aquí y por allá presenta, también, el buen gusto de privar al sujeto, agazapado tras los eslóganes, del riesgo de su enunciación. He aquí a la infancia, en su momento, viniendo a movilizar ese vocablo de lugar. ¿Cómo entendemos ese “no se queda quieto / no permanece en su sitio”? ¿Acaso esta agitación traduce un llamado ansioso por un lugar, cuyas coordenadas resultan oscurecidas por el clivaje que parece instruir al discurso social moderno, entre racionalidad y subjetividad?

EL ENIGMA DE LA SOCIABILIDAD

El asunto de vivir juntos ha llegado a ocupar mucho lugar en nuestros ideales; y, sin embargo, nuestras relaciones sociales siguen obstinadamente ásperas, si no infortunadas. La larga historia de las luchas políticas, el estrabismo de las relaciones entre hombres y mujeres (no... entre mujeres y hombres, puesto que hoy en día ya no sabemos a quién poner de primero sin que el otro se sienta ofendido), o también la decepción persistente de la vida en el trabajo están ahí para recordárnoslo.

Podemos constatar que, en esos diferentes campos, los reales progresos que se han registrado lentamente en la cultura siguen marcados, hoy como ayer, por una insuficiencia patente, que se ofrece ineluctablemente a un “eso no funciona” imposible de sobrepasar, portador de un conflicto infinito, susceptible siempre de corromperse

3. Teoría económica según la cual el imperio del mercado no se limita a los bienes y servicios que se intercambian en este, sino que se extiende a los derechos relacionados con el uso de dichos bienes. En adelante, el mercado permite condicionar los comportamientos de los individuos al juego de pérdidas y ganancias que resultan del uso que estos hacen de sus derechos. Cfr. Alain Suppiot, *La gouvernance par les nombres. Cours au Collège de France 2012-2014* (París: Fayard, 2015), 200.
4. Teoría económica según la cual el cálculo de utilidad debe conducir, autorizar a un contratante a no mantener su palabra cuando resulta para él más ventajoso indemnizar a su co-contratante que ejecutar el contrato. *Ibíd.*, 201.

en radicalización; poco importa que aquella se exprese en nombre de un progresismo en marcha o de una sana reacción. El rechazo obstinado de la dialéctica, la virulencia de la denuncia, la invectiva, la violencia en espejo vuelven a florecer incesantemente. Hoy en día, las ganas de echarle leña al fuego, por qué no, a punta de tweets, no se debilitan. Alimentan el goce de una sociedad en que la ambición de libertad solamente parece servir para el refuerzo de exigencias yoicas, asociadas a una censura totalmente enamorada de una pastoral narcisista. Depresiones, adicciones, radicalizaciones, fenómenos de segregación, ¿son el resultado de esos ideales contra los cuales nuestras democracias han de luchar? Nos indican que, más allá de las divergencias de unos y de otros, de las inevitables contradicciones y conflictos, lo que está padeciendo nuestra modernidad, hasta lo más íntimo de la sociabilidad, es esa pequeña vibración de la alteridad, esa alteración que constituye al ser hablante y que le permite, si está consciente de ello, establecer un vínculo social vivible y vivo. Una alteración, una simple alteración articulada con este extraño objeto que hace lazo social para el hombre, objeto en la palabra, objeto en falta que anima su deseo, así como su facultad para civilizarlo, pero también su encarnizamiento para defenderse de ello. Nuestra relación fundadora, señala C. Melman, “está construida no con el objeto sino con la falta de objeto. Por consiguiente, no tenemos que enfrentarnos a conductas sino a síntomas”⁵.

La democracia no es insuperable, extrae su vitalidad de la incompletez estructural del hombre, el cual la hace asimismo vacilar, búsqueda siempre reiniciada de un hallazgo con una armonía perdida, que jamás existió más que como perdida. El hombre emerge de una difracción, es tanto su progreso como su fardo, el mundo de las palabras que gana es un mundo de semblante que solamente puede experimentar a partir de las formas de la metonimia y de la metáfora; algo de una armonía se le rehúsa al sujeto: es la prohibición del incesto. Los hombres de la Grecia antigua, que inventaron las fiestas dionisiacas en honor de ese dios que representa al Otro, tan familiar como ajeno en nosotros, no se engañaban en ello. A tal punto va en contra de los hechos, que tenemos dificultades para comprender el éxito de este “vivir juntos”: no se funda en un acuerdo sino en una falla trágica a la espera de ser interpretada. Puede serlo de muchas maneras: rara vez a través del drama de un poco de libertad en obra; o, más modernamente, a través de lo patético de un traumatismo que reclama reparación.

La tensión del hombre con su hiato es de siempre. Este convocó a un padre a quien le encargó hacérsela soportar a cambio de su amor; las religiones monoteístas extrajeron de allí su éxito. La secularización del mundo dio lugar a diversas experiencias: las ciudades abiertas, el imperio, la realeza, la república, así como tantos intentos políticos de resolver o de arreglárselas de manera menos estragante⁶ con esta difracción. El patriarcado se enganchó allí redistribuyendo las cartas de la dialéctica del amo y

5. Charles Melman, *Nouvelles études sur l'hystérie, séminaire 1993-1994* (Toulouse: Érès, 2010), 182.

6. De causar menos estragos.

del esclavo, entre hombres y mujeres: a los hombres el privilegio o la asignación, por formar bajo el estandarte de esta ambición del significante de hacer Uno, de deber brillar en la escena pública, por qué no, hasta el sacrificio último; a las mujeres el privilegio o el ser relegadas, por representar esta facultad del significante para situar al Otro, para contravenir esta aspiración a la totalidad, a costa de ser puesta bajo la dependencia de otro, de su retiro a la intimidad del hogar y de la alcoba. No se trata aquí de lamentar ni de denunciar un orden simbólico que ya está fuera de lugar; el tercero ya no necesita apoyarse en ninguna figura imaginaria a honrar, ni en ninguna causa que defender, para estar en función. Resulta de una igualdad impar; hay lo “impar” así como hay “un padre”, padre cuya función real, la misma que Lacan desplaza en Nombres-del-padre, en plural, consiste en adecuar un lugar para el descache del hombre, para establecer allí su “Heim”, estructura de imparidad del ser hablante (en inglés: “odd”, que significa también ajeno); tanto fundamento de la cultura como proveedor de nuestra insatisfacción a su respecto.

Nuestra modernidad se ha comprometido en una nueva epopeya, en un intento inconsciente, social, de reorganizar el orden simbólico anterior y de corregir sus atolladeros principalmente superyoicos. Las restricciones paternas de ayer son obsoletas, los grandes textos religiosos, ideológicos, han perdido, por lo menos en Occidente, su facultad para gobernar la vida de las masas, el animal político de Aristóteles cede ante el *homo economicus* de Adam Smith, y el mercado, es decir, el agregado de los cálculos de intereses del consumidor y del productor, resulta promovido a ser regulador de nuestros goces.

Comúnmente, la ciencia, el esfuerzo de la ciencia, un proceso científico —hablo aquí de la ciencia, del esfuerzo de la ciencia, no de una ideología de la ciencia sino de los avances de la ciencia y de los efectos de emancipación que estos han provocado frente a las creencias religiosas y a los reclutamientos ideológicos, pues sin duda que la ciencia nada tiene que ver en ello— se inaugura con el deseo de un investigador: se requiere de un deseo para que algo ocurra. El proceder científico, desde el *eppur si muove* de Galileo hasta el *cogito* cartesiano, se construyó con un rigor siempre afirmado, que ofrece al ser hablante la posibilidad de no quedar atascado en su burocracia infantil. Las escrituras matemáticas que establece la ciencia extraen su validez de forcluir al sujeto del descubrimiento científico. $E=mc^2$, la fórmula de equivalencia entre masa y energía, no necesita de la presencia de Einstein para ser demostrada científicamente, no procede por una decisión política o por un juicio ético; su validez prescinde de toda palabra. Es la fuerza de la ciencia la de imponer una racionalidad capaz de calmar las pasiones, manteniéndose al mismo tiempo atenta a la posible refutación de sus enunciados.



Disfraces de masculinidad de la civilización, que cubriendo el uniforme con una abstracción, imita uno de los animales, mucho agua.

Pero el hombre está hecho de tal manera que no suelta el trozo tan fácilmente; si el proceder de la ciencia es una cosa, su torsión en “ideología de la ciencia” es otra. Todo ocurre como si la ciencia viniese a ser pretexto para la reconstitución de una *Veltanschauung*, término que Freud utilizaba para hablar de las religiones y que se asemeja a “una construcción intelectual que resuelve de manera homogénea todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis que lo comanda todo”⁷. Una concepción general que intenta disimular al ser hablante su división.

DECID “YO GESTIONO”

¿Por qué no llamar *gestión* a esta nueva *Veltanschauung*? El verbo *gestionar* en francés, “portar consigo”, se enganchó vigorosamente al cielo de nuestros significantes. En materia de acción colectiva, esta “administración” tomó para nosotros el término de *management*. Este presenta dos facetas estrechamente imbricadas. Por una parte, tiende a plegar todas las preguntas bajo el estandarte de una gestión contable y, por otra parte, se hace promotor de una protocolización generalizada y de una estandarización de las conductas. Se conoce la célebre fórmula “armonizar sin uniformizar”; por supuesto, lo que produce este eslogan es uniformidad. En la medida en que la protocolización nos permita no sufrir la subjetividad del operador, podemos decir que este intento toma de la ciencia; pero allí donde el espíritu de la ciencia es necesariamente transgresor, se trata sobre todo de una “torsión sin intención” del proceder científico a través de la introducción de una irrefutabilidad que, a semejanza de la creencia, prescinde de toda demostración científica. Hay quienes pueden tener esta experiencia en su recorrido profesional, efectos de la introducción de significantes de esta ideología; progresivamente los espacios de palabras se enrarecen, escasean, lo que no significa que desaparezcan, sino que les falta aire; los debates argumentados se empobrecen hasta el hastío, cediendo asimismo su lugar a las pugnas de prestancia y a la presentación de las heridas de afectos ocasionadas por la contradicción.

No hay que creer que la ideología de la ciencia esté al servicio de algún poder del cual pudiéramos imaginarnos ser víctimas. Su palanca está en la lengua que ilumina ese famoso “yo gestiono” —mi trabajo, mi salud, mis hijos, mis amores, mis colaboradores, mi carrera, mis amigos, mi tiempo, la nación...—. Una lista a la Jacques Prévert que se desliza en la palabra y a través de la palabra en nuestras representaciones; control semántico de la gestión que invita a imaginar un mundo simple, un mundo de conductas, despejado de las escorias de la alteridad y de la paradoja entre saber y verdad. Sin embargo, es en esta intersección donde el sujeto establece su “casa”, su dirección, así como su síntoma.

7. Sigmund Freud, *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse* (París: Galimard, 1933), 170.

¿Ese “yo gestiono” es un indicio de la porosidad entre la ideología de la ciencia y la dinámica de la oferta y de la demanda? Un mundo entre dos, que se encuentra en el gozne de la extensión de lo que llamamos la economía de mercado autorregulada. En su principio, el liberalismo económico fue primero el resultado de una simple propensión hacia métodos no burocráticos; una respiración que solamente *a posteriori* se topó con un fervor evangélico que conduce a los hombres a querer convertirse en esa relación simplista de la oferta y de la demanda. ¿Es de hecho una conversión o acaso esta economía propone en trampantojo la restauración de otra economía con la que cada cual pudo toparse en su muy primera infancia y de la que pudo conservar una nostalgia? Si bien en ese juego entre dos entre un hijo y su madre, el objeto, ese objeto que ya evoqué como en falta, ya es inaccesible, el ser hablante en esta etapa puede aún imaginar que está en alguna parte, que alguien debe tenerlo... Todavía no ha sido afectado por esa operación lógica que es la introducción del Nombre del Padre, que hace que para nosotros la presencia solamente se realice sobre un fondo de ausencia y que la ausencia pueda situar una presencia. En resumen, en esta etapa aún no estamos en el nivel de la sociedad y de su estructura contradictoria, solamente en el del anhelo de armonía del vivir juntos.

La economía de mercado ha demostrado de larga data su vitalidad, y los éxitos que ha tenido en materia de desarrollo ya no tienen que demostrarse. A este respecto, la economía administrada es aplastantemente victoriosa. Allí es donde se articula un vuelco, ese nivel preciso en que la ideología de la ciencia, al llegar a dejar en desuso las restricciones de goces paternos, favorece una mutación en la estructura de mercado, que ya no es un elemento del vínculo social, sino que pasa a ser organizadora de dicho vínculo. No nos engañemos: el mercado autorregulado marcha al mismo paso que las luchas sociales que lo condenan, luchas que están menos adosadas a la necesaria sustracción de goce de la hominización que al llamado a una redistribución de esta, en pro de quienes estarían a este respecto mucho menos bien provistos, acompañada, por qué no, del establecimiento de una rigurosa disciplina de las conductas. ¿La economía de mercado autorregulada nos vuelve estúpidos? Dejemos abierta la pregunta. Insistiría únicamente en el hecho de que hace del ser hablante un consumidor. El consumidor no tiene sexo o, más precisamente, para él, lo sexual no es una brújula, y si lo es, está rota. Podemos dejarnos sorprender por la aparición en ese vínculo social mercantilizado de interrogantes ansiosos sobre las orientaciones sexuales de los unos, de las unas... Ciertamente, estas pueden tomar la forma de reivindicaciones políticas con sus eslóganes y sus acrónimos, reivindicaciones que enmascaran mal la ansiedad de esta pregunta: “¿A quién debo desear?, ¿cómo puedo orientarme?”. Al saturar el vínculo social a través del consumo, el mercado autorregulado estimula nuestra sensibilidad a

la adicción. Con ello invita al ser hablante a abstenerse de la economía del significante, ese mundo de semblante, para construir una economía del signo, donde una palabra designa algo para alguien. Por supuesto que no es el que se buscaba; el toxicómano se da cuenta de ello. Esta economía deriva su éxito de su facultad para hacernos espejear un objeto facticio cuya posesión desilusionante nos incita a renovar el acto de compra con la esperanza de que... Y esto se acelera; esta es una economía que, si bien sigue siendo autónoma respecto a fuerzas contrarias, funciona por borramiento de la dimensión de la dirección, no constituye lugar, el consumo llama al consumo, substituyendo lo facticio por el semblante, como defensa ante la función del déficit que ya evocaba como introducción.

Cuando preparaba este texto, escuché en la radio en volandas este testimonio de una joven; fue en *France Culture*, en la emisión que se llama “Los pies en la tierra”. Esta muchacha hablaba de su escolaridad, en la que, desde el CP o curso preparatorio, resultó fijada en el lugar de la mala alumna, y repitió el año siguiente, en el que su profesora se burló de su sueño de llegar a ser médico (algunos llaman a eso el principio de realidad, y Freud todavía se estremece por ello). Durante la entrevista, esta joven evocaba su necesidad de moverse; sin lugar en la casa, sin lugar en la escuela, ella quería desentumecerse [*se dégorudir*]; podemos escucharlo como un deseo de salir del entumecimiento [*engourdissement*], de espabilarse [*devenir dégorudie*], de no permanecer siendo torpe [*gourde*], en resumen, de crecer para acceder a un lugar sexuado.

Cuando llegó a la secundaria las cosas se desplazaron: “la escuela me gustó cuando conocí a una profesora de francés”; hubo encuentro: “Ella nos contó la historia de Tristán e Isolda. Yo me veía en la historia. En esa época yo era de verdad muy turbulenta, yo quedaba adherida a su curso desde el comienzo hasta el final, era realmente... era emocionante, yo quería que ella contara más, más. Uno tenía la impresión de limitarse a un personaje, fue así como empecé a construirme”. La noción de límite, de borde, aparece en el comentario, en el momento en que esta muchacha describe a su “profe” como alguien que la empuja a no prohibirse nada. Habrá un segundo tiempo en el liceo, también con un profesor de francés, también con la lectura: un libro le es ofrecido, un don. En ese instante —esta es solamente una hipótesis— la agitación ya había cedido. ¿Había cedido cuando esta adolescente pudo inscribir su demanda en una transferencia ante esta maestra de secundaria? Lacan recuerda que al comienzo siempre hay una demanda, y la transferencia responde a esta agregándole una articulación significante, que al interponer la demanda de amor, en la medida en que es abstencionista, abre hacia otra cosa.

¿Se agitan nuestros hijos al crecer estando ante algo que no digieren, que aquí llamaremos un déficit de la función del déficit, que los encierra en una demanda que

no encuentra dirección? Un déficit del déficit, que se articula en el vínculo social de una complicidad inconsciente entre la ideología de la ciencia y el “no al discurso capitalista”. ¿Nuestros hijos son huérfanos de terceridad? A su agitación responden con facilidad los diagnósticos, los consejos que, al recaer sobre las conductas, acentúan la sugestión. Transferencia y sugestión están separados por muy poca cosa, tal vez por la vibración de la alteridad. Lacan subraya en el seminario 21, *Les non-dupes errent*, que si la transferencia no es una sugestión es porque es abstencionista. Esta abstención debe mantenerse porque las dos líneas de la transferencia de la sugestión son diferenciables, y precisa: “porque para el sujeto lo son, y entre ambas hay todo un campo que, a Dios gracias, no es poco, y que jamás se abuele”⁸. ¿Qué especifica a la sugestión? Prescinde justamente de toda articulación significativa y por lo tanto solo puede mantenerse sobre la cresta de la satisfacción o de la insatisfacción de una demanda no abordada. El déficit de la función del déficit es encierro en la demanda, un encierro que, nos dice Lacan, es “al mismo tiempo resistencia con la transferencia y capitulación ante la sugestión”⁹.

BIBLIOGRAFÍA

- DE GAULEJAC, VINCENT; FRÉDÉRIC BLONDEL E ISABEL TABOADA-LÉONÉTI. *La lutte des places. Insertion et désinsertion*. París: Desclée de Brouwer, 1994.
- LACAN, JACQUES. “Seminario 21. Los incautos no yerran (Los nombres del padre) (1973-1974)”, en *Los seminarios de Jacques Lacan*. Folios Views – Bases documentales, versión digital.
- MELMAN, CHARLES. *Nouvelles études sur l’hystérie, séminaire 1993-1994*. Toulouse: Érès, 2010.
- SIGMUND. FREUD. *Nouvelles conférences d’introduction à la psychanalyse*. París: Galimard, 1933.
- SUPPIOT, ALAIN. *La gouvernance par les nombres. Cours au Collège de France 2012-2014*. París: Fayard, 2015.
8. Jacques Lacan, “Seminario 21. Los incautos no yerran (Los nombres del padre) (1973-1974)”, en *Los seminarios de Jacques Lacan*. Folios Views – Bases documentales, versión digital.
9. *Ibíd.*



Quest'uomo nasce in un villaggio
e lo ha reso possibile identificare

Paolo Corbelli - 09

Paolo Corbelli 09